

## Aguilar de Campos.

Anastasio Rojo Vega.

El siglo XVII fue nefasto para Castilla y León. Tiempo de calamidades agrícolas, sequías, riadas, granizos heladas y plagas varias, langosta, pulgón y coquillo entre otras. Pero la peor plaga fueron, sin duda, las guerras que mantuvimos con toda Europa a un tiempo, de chulos que éramos. Multitud de pueblos se despoblaron por entonces debido a ellas. Más que por las levas de soldados por los impuestos. Ya se habían inventado las quintas, que querían decir que de cada cinco hombres aptos para el servicio militar el pueblo tenía que dar uno; pero lo verdaderamente terrible fueron los nuevos impuestos inventados y aumentados para mantener toda aquella inútil maquinaria bélica. Los pueblos pequeños no se deshabitaron por falta de producción o de riqueza, sino porque con la falta de vecinos eran pocos los que tenían que pechar con los impuestos y salía carísimo. Era mucho mejor irse a una villa grande donde las obligaciones con la hacienda real quedaban mucho más repartidas y se tocaba a menos por barba.

Paradójicamente la esterilidad, la fatalidad de los tiempos y las ansias recaudatorias de las autoridades han servido para dejarnos preciosos documentos sobre la realidad cotidiana de hace trescientos años, como por ejemplo el número de clérigos, párrocos, beneficiados y canónigos que había en cada iglesia y lugar. Como de lo que se trataba era de que nadie se escapase de cotizar, poco o mucho, quedan varios censos del clero con nombre y apellidos de cada uno de los que fueron y patalearon lo indecible, alegando que eso de los impuestos era cosa mundana y laica que no iba con ellos. Que sí que va con vosotros, les dijeron, y les censaron y tuvieron que pagar, como todo hijo de vecino.

De esta época son los primeros intentos de racionalizar los impuestos, si es que alguna vez ha habido impuestos racionales. De tales intentos y de las levas de soldados podemos extraer instantáneas perfectas y precisas de lo que eran nuestros pueblos, como por ejemplo Aguilar de Campos en 1693, cuando se pidió el encabezamiento de sus vecinos “*poniendo al labrador por labrador y con qué labranza y los oficios con el que cada uno tiene y a los demás su ejercicio y calidad*”. Vamos, una especie de precedente del famoso catastro del marqués de la Ensenada.

Aguilar estaba dividida en cuatro barrios llamados *cuartos*, de San Pedro, Santa María, San Esteban y San Martín. Como todos se conocían sobraba dar nombres a las calles y las únicas referencias urbanísticas y de localización de los vecinos habla de Mediavilla de arriba, Mediavilla de abajo, Barrial, calle de Santa María, calle de Bolaños, Plaza, calle de Bartolomé Rodríguez y calle y plazuela de San Pedro. Ya está.

Era pueblo agrícola - qué vamos a explicar sobre ello - del que únicamente escapaban ocho familias hidalgas que presumían de los apellidos San Martín, Villarreal, Huerga, Ramírez, Olea, Cifuentes y Mansilla. En la guía de teléfonos no queda ninguno, con lo que podemos pensar que en un tiempo dado los hidalgos se fueron con sus blasones a otra parte y que los vecinos actuales de Aguilar son dignos sucesores de los pardillos de antaño y del estado general.

)Qué era Aguilar de Campos en 1693?. En principio una de tantas villas sometidas a las penalidades referidas. En 1670 decía: “*su corta vecindad, lo menoscabado de vecinos y caudales y falta de frutos que ha habido con la langosta, falta de agua y accidentes del tiempo...*”. En 1630: “*no se ha cogido el pan que se había sembrado*”, etc. etc. Banqueros y caseros decían: la eterna cantinela para no pagar la renta.

En 1670 se habla de que se habían perdido vecinos, que había menos que antiguamente. En 1693 se contaban ciento trece casas vecinales, fuegos, vecinos o cabezas de familia. En la guía de teléfonos de 1998 figuran ciento veintidós, con lo que andamos por ahí, por ahí, aproximadamente como hace trescientos años. Entre los oficios y empresas actuales tenemos

farmacia, funeraria y el bar *Mulero* si no se me ha pasado nada de lo que se cita y si siguen en 1999.

En 1693 no había funeraria. Había un tal Miguel Martín que hacía oficio de campanero y sepulturero. Por lo demás el tejido económico de la villa, como dicen las encuestas, estaba compuesto por aproximadamente un 65 por ciento de gente ligada al campo, 37 por ciento con tierras en propiedad y 28 por ciento de simples obreros y jornaleros sin una triste obrada que echarse a la espalda. El segundo colectivo en importancia eran los pastores, casi otro diez por ciento y, sumados a los agricultores cerca del 75 por ciento del total de los habitantes, y después: cinco pobres de solemnidad - lo que en el lenguaje de la época significaba que vivían de pedir y no tenían dónde caerse muertos -, tres albañiles, tres sacristanes, dos sastres, dos mesoneros y dos panaderos. El paisaje callejero se completaba con: tendero, barbero, carretero, cortador - carnicero -, cerrajero, herrador, herrero - el herrador ponía herraduras y el herrero arreglaba rejas de arados y azadones -, especiero- la cocina castellana abusaba enormemente de especias como la pimienta y el azafrán -, maestro de niños, tratante en carnes, zapatero remendón, médico, cirujano, escribano, hortelano, guarda del campo y guarda del ganado. Los restantes oficios necesarios, como el de alguacil, los hacían algunos de los anteriormente citados, que ya habían inventado el pluriempleo.

Los hidalgos eran un siete por ciento del total de la villa y el estamento eclesiástico, con el arcipreste Juan Holgado a la cabeza y doce miembros, el diez por ciento aproximadamente de los vecinos. ¿De dónde se sacaba para dar de comer a esta gente?. Evidentemente de las tierras de labor, aradas y sembradas con la maquinaria de la época: mulas y bueyes. Unas veces se apuntan bueyes y otras *un par*. Si consideramos que 'el par' son mulas y los bueyes, bueyes, el parque de maquinaria de Aguilar estaría compuesto hace trescientos años por sesenta y ocho mulas, treinta y nueve bueyes y dos yeguas.

No quedan apellidos hidalgos de los de antaño. Quedan los de la resistencia, los de aquellos que aguantaron los de los hombres del común, también calificados como hombres buenos.